



Multitud de cubanos oyendo a Fidel.

de que los movimientos guerrilleros de inspiración castrista, inicialmente aislados de las masas, serían cada vez más vulnerables. Y para revalorizar el papel de los partidos comunistas, los soviéticos insistieron en que "el conocimiento de ciertos principios fundamentales del marxismo-leninismo, había sido un factor positivo en los inicios de la revolución cubana".

Por otro lado, la Unión Soviética incrementó las relaciones políticas y comerciales con los gobiernos "capitalistas" de Colombia, Venezuela, Bolivia, Chile, Ecuador, Uruguay y Costa Rica. Estos países deseaban remarcar su independencia con respecto a Estados Unidos y crear una imagen nueva para su política exterior. Esta política fue facilitada por las divergencias soviético-cubanas de las cuales eran concientes los gobiernos latinoamericanos. La URSS aparecía ahora como relativamente inofensiva frente al peligro insurreccional creado por los castristas. Esto fue particularmente claro en los casos de Venezuela y Colombia que tenían un conflicto agudo con Cuba: las relaciones diplomáticas era un medio de acentuar la tensión entre la guerrilla y el Partido Comunista local, de una parte, y entre la Unión Soviética y Cuba, de otra. Se comprende bien la cólera de Fidel Castro por estas decisiones.

En este contexto, se pudo creer, durante una época, que se asistía a una revalorización de la **burguesía nacional** latinoamericana cuyo carácter progresista se había dudado permanentemente desde 1963. Sin embargo, no fue así. Los teóricos soviéticos no se preocuparon tanto de definir el papel de esa burguesía en las alianzas revolucionarias de Latinoamérica, cuanto de explicar que las relaciones diplomáticas y económicas de la URSS con gobiernos manejados por la burguesía, "tenían por sí mismas una función progresista", porque contribuían a debilitar su independencia hacia las potencias imperialistas especialmente los Estados Unidos de Norteamérica. Pero a pesar de estar en las antípodas de las posiciones cubanas, la Unión Soviética no reverdecía totalmente la vieja tesis leninista del papel vanguardista de la **burguesía nacional**. Para los soviéticos, las tareas del movimiento revolucionario en el continente debían ser:

- 1.—El reforzamiento y la consolidación de la vanguardia revolucionaria, es decir, de los Partidos Comunistas.
- 2.—La lucha por la unidad de acción de la clase obrera y la unidad del movimiento sindical.
- 3.—Una mejor coordinación entre las luchas en las ciudades y en el campo, de tal forma que se hiciera posible una

verdadera alianza entre los obreros y los campesinos.

4.—La búsqueda del apoyo "de las amplias capas de la población que son aliadas potenciales de las fuerzas revolucionarias".

5.—La colaboración con éstas sobre la base de un programa común basado en "la lucha por reformas sociales profundas, contra el dominio imperialista y por el estrechamiento de las relaciones con todos los países del mundo".

En cierta medida se había vuelto al pragmatismo de "lo posible", característico de la estrategia soviética a fines de la II Guerra Mundial. La lejanía de las tesis cubanas era irremediable.

Sin embargo, de 1969 a 1977 asistimos a una mejoría creciente de las relaciones entre Cuba y la Unión Soviética. Primero se normalizan y desde fines de 1970 se hacen excelentes. El cambio no puede sorprender si se tiene en cuenta los numerosos reajustes que los dirigentes cubanos realizaron obligados por nuevas situaciones que cambiaron el cuadro en que se movía Cuba desde el triunfo revolucionario.

El primer punto de concordia nació con motivo de la aprobación por parte de Fidel Castro de la intervención militar de la URSS en Checoslovaquia que, aunque condicionada, fue bien recibida en Moscú en un momento en que partidos comunistas tan importantes como el francés y el italiano criticaban fuertemente la invasión de un pequeño país socialista por las fuerzas del Pacto de Varsovia.

A esta iniciativa contestó la Unión Soviética con una serie de gestos conciliatorios que Cuba recibió con beneplácito. Y aunque en la Conferencia Internacional de Partidos Comunistas y Obreros, realizada en Moscú en junio de 1969, la delegación cubana —que participó solamente a título de "observador"— no firmó la declaración común y criticó algunas de las tesis allí expuestas, la simple presencia de los "fidelistas" representó un paso importante en el acercamiento mutuo con los soviéticos.

Sería injusto considerar que sólo la delicada situación económica de Cuba fue el factor determinante de esta aproximación. También la dura realidad había comenzado a convencer a los cubanos que la guerrilla latinoamericana no hacía sino cosechar fracasos y la perspectiva de victoria no sólo no estaba próxima sino que se alejaba por momentos. Se hacía preciso, pues, cambiar los objetivos a corto y mediano plazos, dedicándose a consolidar las posiciones conquistadas hasta entonces. A partir del año 1968, los problemas económicos internos se transformaron en una meta prioritaria para los revolucionarios cubanos.

Esto exigía la aproximación a la Unión Soviética, aunque ello aparejase de inmediato la rectificación de algunas de las tesis mantenidas hasta entonces por los cubanos. Esto se realizó con lógicas dificultades y notable cauitismo. No era fácil para Fidel conceder la razón a sus homólogos soviéticos. El evidente "voluntarismo" cubano (del que fue buena prueba la campaña por 10 millones de toneladas de azúcar en 1970) exigía ser sustituido por una planificación más empírica y realista donde se acrecentase el papel del Partido y de las organizaciones de masas en la solución de las tareas de la producción y el consumo. Las viejas opiniones soviéticas, en definitiva.

También la consolidación de la revolución cubana pasaba por el reforzamiento de sus defensas militares. Los dirigentes cubanos consideraban vital para la revolución de su país el compromiso público, por parte del bloque socialista, de una intervención inmediata en caso de agresión a la isla procedente de los Estados Unidos o del grupo de países americanos. Los sovié-

ticos respondieron acrecentando su ayuda militar y enviando, de forma permanente, submarinos atómicos y fuerzas de superficie a las costas cubanas. Las relaciones soviético-cubanas continuaban mejorando según una curva ascendente.

La nueva "paciencia histórica" que se vieron obligados a adquirir los dirigentes de Cuba les condujo a modificar, poco a poco, sus criterios sobre los medios de lucha económica y social que los revolucionarios debían utilizar en América Latina. El paso de una política maximalista en América Latina a la comprensión de que "el apoyo a los movimientos revolucionarios no debe necesariamente expresarse en favor del movimiento guerrillero..." constituyó un verdadero grito de novena grados en la política exterior de la isla. Este "ablandamiento" cubano facilitó la reconciliación con los soviéticos y un mayor grado de tolerancia hacia la política de "las etapas" tan apreciada por los Partidos Comunistas de Latinoamérica. Hablando de las diferencias entre el proceso revolucionario de Chile y el de Cuba, Fidel Castro afirmó: "el camino de la revolución significa, precisamente, que es necesario aprovecharse de cada coyuntura, de cada posibilidad de avanzar". Las coincidencias soviético-cubanas eran ya superiores a las discrepancias. La visita a Cuba del primer ministro soviético, Kosiguin, consagró "en la cima" la ya evidente reconciliación.

¿En qué medida estos acontecimientos influyeron sobre la teoría revolucionaria de los marxistas latinoamericanos y soviéticos?

Si los comentaristas rusos denotaban, de 1966 a 1968, un pesimismo implícito en cuanto a la situación del movimiento revolucionario latinoamericano, lo abandonaron en 1970. El optimismo renació con la evolución de los acontecimientos en Perú y Bolivia, y con la victoria de la "Unidad Popular" en Chile. Los soviéticos consideraban que la contraofensiva norteamericana en América Latina, a partir de la intervención en Santo Domingo, había obligado a distintos gobiernos a guardar distancias con Washington, bien por un sentimiento de autodefensa, bien por revestir de una fachada nacionalista a su país.

En el plano de las fuerzas sociales, los soviéticos consideraban muy prometedor el proceso de radicalización que se operaba en el seno de la Iglesia Católica y de algunos ejércitos nacionales. El papel revolucionario que los militares habían jugado en algunos países del Tercer Mundo, especialmente en el Medio Oriente, había llamado profundamente la atención de los teóricos rusos. Y los atribuyeron a la debilidad del capitalismo local y a una relativa autonomía política de las "Capas medias", a las que pertenecen los militares. Los soviéticos juzgaron que una situación similar se presentaba ya en América Latina. La penetración de corrientes antimperialistas en el interior de los ejércitos de Perú, Bolivia y Panamá testimoniaban, según ellos, la profundización de los movimientos de liberación nacional dirigidos contra los Estados Unidos. Y revelaba, al mismo tiempo, la erosión de la ideología burguesa en su acción sobre las capas medias y ciertos sectores capitalistas independientes. Pero al mismo tiempo que se insistía en la evolución hacia la izquierda de la pequeña burguesía, se abandonaba —definitivamente esta vez— la idea de que la **burguesía nacional** podía jugar un papel progresista en América Latina. Para disipar toda ambigüedad sobre el carácter positivo inherente al término de "burguesía nacional", los soviéticos proponían incluso el abandono del tér-

mino mismo, o su sustitución por la palabra "burguesía local". Los soviéticos parecían así dar la razón a aquellos partidos comunistas latinoamericanos que hacía tiempo se manifestaban hostiles a admitir la existencia de una "burguesía nacional" enfrentada al imperialismo.

Los éxitos más tangibles del movimiento revolucionario en América Latina durante 1970 y 1971, pareció acercar las perspectivas socialistas a esta zona del mundo. Pero los soviéticos no abandonaron las tesis sobre la necesidad de cubrir distintas etapas previas teniendo en cuenta las diferencias fundamentales entre las estructuras económicas de cada país y su grado de dependencia con respecto a Estados Unidos. Algunas naciones del continente podían estar a nivel de una crisis de estructuras pre capitalistas. Otras, sumidas en la contradicción entre feudalismo y capitalismo. Y las últimas, podían encontrarse en la etapa de la crisis general del mundo capitalista causada por la angostura interna del mercado y la pesada carga de los residuos pre capitalistas.

Agrupando por afinidades, estas naciones, establecieron los soviéticos un núcleo de países agrarios (Haití, Honduras, Paraguay y Nicaragua) donde la "Revolución antifeudal y antimperialista se fundían en una sola para desembocar en una vía no capitalista de desarrollo". En este grupo los teóricos marxista del Este europeo no precisaban a qué clases sociales debía corresponder la dirección de la lucha. Era evidente su desconfianza en la capacidad dirigente de los respectivos partidos nacionales.

Un segundo grupo de países comprendía a Guatemala, la República Dominicana y El Salvador, países agrarios donde la pequeña industria había alcanzado un cierto grado de desarrollo. Aquí era preciso "romper con el desarrollo capitalista y establecer un poder revolucionario y democrático basado en una amplia coalición de fuerzas". Esto no significaba destruir el capitalismo. Un prototipo aceptable podía ser el régimen de Arbenz en Guatemala o el gobierno Camacho en la República Dominicana.

Un tercer grupo de países, más comprometidos en la vía del desarrollo capitalista, comprendía Colombia y Venezuela donde existían "grupos monopolistas locales" con un rápido desarrollo de la industria manufacturera y un cierto avance capitalista en la agricultura. El papel del proletariado en la revolución se consideraba significativo y sus objetivos de tipo "anticapitalista".

Finalmente, el cuarto grupo comprendía México, Brasil y Argentina, caracterizados por una "crisis de la estructura capitalista y la tendencia a la formación de un capitalismo monopolista de Estado favorecido por las oligarquías locales y los monopolios extranjeros". Uruguay y Costa Rica podían formar parte de la franja superior e inferior de este grupo. En estos países, las revoluciones agrarias, desde su primera etapa, no se podrían realizar sin medidas antimperialistas radicales que no deben respetar las bases del sistema capitalista.

Esta evaluación soviética de la situación en Latinoamérica no se modificó por el acercamiento producido durante 1973 hacia los Estados Unidos. Los rusos eran concientes de los límites de sus posibilidades de acción directa en esta región del mundo. Evidentemente, aspiraban a una modificación de la correlación de fuerzas que les era desfavorable, en la medida en que esa modificación no les llevase a un confrontamiento directo con Estados Unidos y esto era perfectamente compatible con las reglas de la coexistencia pacífica entre los dos mundos. Todo parecía jugar en favor de los sovié-



cos. La transformación por etapas del gobierno chileno actuaba en favor de que el gobierno de Allende terminase con una ruptura total con los Estados Unidos. Aunque la Unión Soviética no quería, ni podía, sostener a Chile en esa evolución, confiaba en que por sus propios medios contribuyera a complicar las posibilidades de acción de los Estados Unidos en el continente.

La política practicada por los regímenes en el poder en algunos países contribuía a fortalecer las esperanzas soviéticas. Había ya un grupo de países revolucionarios formado por Cuba, Chile y Perú. Un segundo grupo, considerado reformista, y formado por México, Venezuela y Colombia, con una "izquierda" que comprendía Ecuador, Panamá y —a partir de marzo de 1973— la Argentina de Perón, no era muy afín al imperialismo norteamericano y parecía susceptible de avanzar paulatina y pacífica hacia formas de vida no capitalista. Sólo quedaba un grupo de países, juzgados reaccionarios y proimperialistas, formado por Brasil, Paraguay, Bolivia y algunos países de América Central. Se los consideraba dirigidos por Brasil, que aceptaba, en cierta medida, el papel de "gendarme" del continente.

COMO se sabe, la acción de los militares en Chile, fatal para el gobierno Allende, actuó contra la nueva correlación de fuerzas del continente prevista por los soviéticos. Y produjo reacciones extremadamente vivas en sus círculos dirigentes que implicaron, al menos a nivel teórico, algunas modificaciones o precisiones limitativas importantes a las tesis sobre la posibilidad del "tránsito pacífico del capitalismo al socialismo".

Con apoyo en los éxitos y errores de

la revolución chilena, la Unión Soviética, opinó que la revolución social, incluso en su etapa democrática y antimperialista, no puede utilizar en su totalidad y en exclusividad el viejo aparato burocrático-militar del Estado. Recordando las palabras de Lenin sobre la necesidad que la revolución tiene que "saberse defender", los teóricos rusos afirmaban que "La revolución chilena ha perdido una importante batalla por su incapacidad de crear unas fuerzas armadas populares (guardias obreros, grupos de milicias armadas y destacamentos de socialistas y comunistas)". La debilidad de estas conclusiones salta a la vista. Si el gobierno chileno hubiese tomado esas medidas, los militares se habrían sublevado meses antes de cuando lo hicieron. Parece, pues, que más que una teorización se trata aquí de una crítica al Partido Comunista chileno y a la Unión Popular. El hecho que ninguna observación de este tipo fuera hecha antes del golpe de Estado de Pinochet, despierta la sospecha de si no se trata aquí de la repetición de una política bien conocida en la historia de la Kominter y de la URSS, consistente en hacer recaer sobre los partidos comunistas extranjeros el peso de los errores estratégicos y políticos de Moscú. El pragmatismo y las contradicciones de que ha dado prueba la estrategia de algunos partidos comunistas latinoamericanos, y la misma Unión Soviética, explica y justifica la frecuencia con que los marxistas de este continente han marchado "a remolque" de los acontecimientos en lugar de encabezarlos.

Sin embargo, tomada en su conjunto, la tolerancia y la paciencia de que ha dado pruebas la Unión Soviética, durante los últimos años, en su acción de Latinoamérica ha dado sus frutos. Hemos visto cómo la originalidad del proceso revolucionario cubano después de la victoria de 1959, ha obligado a los teóricos y los hombres políticos soviéticos a modificar sus esquemas tradicionales y rígidos en relación con los problemas de la transición hacia el socialismo. Incluso si muchas de las proyecciones a partir de la experiencia cubana han sido frecuentemente erróneas y mal fundamentadas, se han desarrollado nuevas perspectivas de análisis de las situaciones políticas en Latinoamérica. Pueden ser útiles a la Unión Soviética en sus relaciones con los partidos comunistas y los gobiernos de Perú o de Portugal, por ejemplo, y producir situaciones nuevas en otras zonas del mundo.

En lo que concierne al porvenir del proceso revolucionario en América Latina, la situación evoluciona muy rápidamente. Después del golpe de Estado en Chile, asistimos a una polarización de los acontecimientos que, por el momento, evoluciona en favor de la extrema derecha. El reformismo ha sufrido rudos golpes, desde Argentina hasta Uruguay. Esta polarización puede conducir a una división de opiniones. Al mismo tiempo persiste, sino se acentúa, el antimperialismo al que no son ajenos en ocasiones algunos regímenes de derechas.

Pero sólo cambios importantes en la situación de América Latina llevarían a los soviéticos a modificar su teoría y su práctica revolucionaria en esta zona. En líneas generales, esta política ha variado muy poco desde los años sesenta. Sin duda, el principal factor que podría producir esos cambios sería un debilitamiento de las posiciones norteamericanas en América Latina. En efecto, la teoría soviética del crecimiento revolucionario "por etapas" bien diferenciadas —y prolongadas— descansa sobre todo en la supremacía de EU sobre el continente y podría cambiar al mismo tiempo que esta última se aminoraba.

El internacionalismo que sirve de base a la revolución rusa de octubre,

ha seguido caminos tortuosos, ha conocido retrocesos y mutaciones, se ha revestido de formas bien dudosas, pero jamás ha desaparecido y es un elemento esencial para comprender la estrategia revolucionaria de la URSS. Y no puede ser abandonada sin poner en entredicho los fundamentos mismos del régimen socialista, a pesar de las tribulaciones que esto pueda causar a los dirigentes de Moscú. Aunque edulcorado, el internacionalismo proletario sigue constituyendo un elemento importante de la ideología soviética contemporánea, al lado de las tesis sobre la coexistencia pacífica, en una relación que quiere ser dialéctica, pero que se mantiene difícilmente. Lo que ya no posee la Unión Soviética es el modelo "único", "verdadero", "fidedigno" de revolución socialista exportable a cualquier lugar del mundo. Por eso, y porque el desarrollo y la evolución estructural de Latinoamérica posee peculiaridades únicas que obligan a diseñar estrategias originales desde el marco del marxismo, la tendencia cosificadora de la teoría que predomina en Moscú no ha permitido a la Unión Soviética cosechar grandes éxitos en el continente latinoamericano. Así, "la dictadura atea y materialista de Moscú" —como gustaba llamarla la propaganda de los ultraderechistas militares rioplatenses— firmó hace unas semanas un acuerdo con la dictadura "occidental y cristiana" de Buenos Aires por el cual, durante diez años, los soviéticos se comprometen a adquirir toda la producción agrícola que Argentina no consiga colocar en otros mercados occidentales, sus compradores tradicionales.

La dictadura argentina, que aparece como visceralmente anticomunista y realiza periódicos autos de fe con textos y libros, e inclusive con militantes marxistas, parece haber conseguido, de esta manera, un éxito notable que ayuda a consolidarla en el poder. El acuerdo con el Kremlin coincide aquí con la política del Partido Comunista del país austral que desde el golpe de Estado que catapultó a los uniformados al poder ha mantenido una virtual política de apoyo a la dictadura, sin importarles ni las masacres llevadas a cabo por el régimen, ni los asesinatos y desapariciones de sus propios militantes. Un partido comunista, el argentino, que no dudó en su momento en asociarse al régimen militar en sus críticas a la política de derechos humanos del presidente Jimmy Carter —por demagógica que ésta fuera— acusándole de intervencionismo en "los asuntos internos del país", y señalando, con notable sangre fría, que era la guerrilla la única que, en realidad, violaba tales derechos.

Todo vuelve, pues, de nuevo a sus cauces. La Unión Soviética a su tradicional política de relaciones "Estado-Estado" y a su apoyo a los partidos comunistas locales. Estos, a la negación de la violencia como vía de acceso al poder, a la revolución agraria y antimonopolista y a la búsqueda de pactos entre toda la izquierda. Con su pica puesta en Argentina, los soviéticos parecen haber comenzado a diseñar un eje de apoyo Lima-Buenos Aires, en pleno corazón de un área de tradicional dominio norteamericano: la URSS ha nutrido los arsenales del régimen militar peruano con gran cantidad de armas, inclusive de cierta sofisticación.

La fuerza mítica de la revolución cubana queda, a partir de ahora, limitada al papel de "escaparate" propagandístico de las bondades del socialismo instaurado en un país atrasado del continente americano. Habrá que esperar nuevos intentos teóricos, más útiles que el de Debray, para imaginarnos por qué área del tablero ajedrecístico de la política latinoamericana se iniciará en el futuro la ofensiva del marxismo en nuestro continente.